



ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 20 DE FEBRERO DE 1888→

Núm. 321

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SS. MM. EL REY D. ALFONSO XIII Y DOÑA MARIA CRISTINA

SUMARIO

TEXTO. — Nuestros grabados. — *Bocetos marítimos*, por don Federico Montaldo. — *El varón de la cuna* (conclusión), por don José Zahonero. — *El bobo de la feria*, por don Antonio de Valbuena. — *Fátima la astronoma*, por don Francisco Fernández y González. — *Recreos científicos*.

GRABADOS. — S.S. M.M. el rey don Alfonso XIII y doña María Cristina. — *El burgomaestre Paneras y su esposa en traje de Antonio y Cleopatra*, cuadro de Rembrandt. — *Cuidando á su hermanito*, cuadro de G. King. — *Muerte de Julio César*, cuadro de P. Rohegrosse. — *En el patio del Arsenal*. — *Compañero de juego*, estatua en bronce de Federico Cadow. — *¿En qué parará?* cuadro de Cayetano Chierici. — *Suplemento Artístico: ¡Vencido!* — *Cierros en la selva americana*, dibujo de A. Richter.

NUESTROS GRABADOS

S.S. M.M. EL REY DON ALFONSO XIII Y DOÑA MARÍA CRISTINA

El 17 de mayo de 1886 nació un rey en el palacio de Oriente. ¡Nació un rey!... He aquí un hecho raro y acaecido. Es común que nazcan hijos de reyes y es natural que el varón primogénito de esos reyes sea rey andando el tiempo. Mas por de pronto no pasa de ser infante ó príncipe heredero, y es caso verdaderamente extraordinario que un recién nacido sea monarca desde su venida al mundo. Este concurrió desde el primer día de su existencia en don Alfonso XIII de España, cuyo retrato publicamos en el presente número formando grupo con su ilustre madre la reina gobernadora. La mirada de uno y de otra parecen sondear el porvenir; don Alfonso con la risueña esperanza del niño, doña María Cristina con la tristeza de la temprana viuda. ¿Qué reserva el tiempo á la augusta madre y al augusto hijo?... Las virtudes de aquella fortifican hoy por hoy el trono de éste. ¡Ojalá la gloria del huérfano corra parejas con la felicidad de la nación española y la grandeza del rey sea síntesis de la grandeza del pueblo!

EL BURGOMAESTRE PANERAS Y SU ESPOSA EN TRAJE DE ANTONIO Y CLEOPATRA cuadro de Rembrandt

Que el autor de este cuadro es un maestro de universal nombradía, nadie lo discute. Que Rembrandt pintaba delicadamente y grababa aún mejor que pintaba, nadie lo pone en duda tampoco. Que el cuadro del burgomaestre y su esposa contiene dos retratos pintados con la delicadeza y frescura que caracterizan á su autor, nadie que lo examine podrá negarlo.

Pero que el bueno de Rembrandt creyese inocentemente que esos dos personajes tenían la menor reminiscencia de los célebres Marco Antonio y Cleopatra, no prueba sino que el célebre pintor holandés tenía tan gran caudal de genio como escasez de conocimientos auxiliares de la pintura. De él se dice que nunca quiso estudiar el arte clásico en las grandes obras de la antigüedad. Así lo creemos: si hubiera tenido siquiera rudimentos de lo que eran un general romano y una reina de Egipto, jamás se le hubiera ocurrido la peregrina idea de decirnos que esos felices esposos pudieran recordarnos al famoso triunfador y á la no menos famosa víctima del áspid. ¡Tan cierto es que el hombre de mayor talento natural puede caer en ridículo cuando no se toma la molestia de aprender lo que no sabe!...

CUIDANDO Á SU HERMANITO cuadro de G. King

Los ingleses son especiales para pintar niños. Verdad es que los niños ingleses, blancos, sonrosados, respirando salud, invitan á la reproducción. Esto, unido á que pocos pueblos hacen vida de familia como el pueblo inglés, nos explica por qué sus artistas tienen pocos competidores en este ramo. El cuadro de King es verdaderamente un cuadro inglés.

MUERTE DE JULIO CÉSAR cuadro de P. Rohegrosse

Era imposible que Julio César, vencedor del mundo, hubiera reunido en su persona el poder de un dictador y los honores de un dios sin haberse creado un número de enemigos, y de enemigos poderosos. Algunos de éstos, como Cicerón y como Bruto, antiguos y verdaderos republicanos, conspiraron en la falsa creencia de que muerto el tirano sería imposible la tiranía; otros, como Cassio y los más, entraron en la conspiración para vengar lo que ellos llamaron agravios personales.

En esto, se dispuso César para hacer la guerra á los Partos, con cuya ocasión algunos de los imprudentes amigos del emperador, ganosos de ceñirle una corona real, cundieron la voz de estar escrito en los libros sibílicos que los Partos únicamente por un rey podían ser vencidos. Harto convencidos de que el pueblo romano no toleraría un octavo rey de Roma, es decir, un sucesor de Tarquino el Soberbio, idearon que César continuara titulándose dictador en Roma é Italia, sin perjuicio de ser rey en las restantes provincias y territorios; proyecto que debía discutirse en el Senado, compuesto principalmente de hechuras del grande hombre.

Era el día 15 de marzo del año 44 antes de J.C. La conspiración no se había tramado tan sigilosamente que algunos amigos de César no le advirtieran el peligro que corría. Calpurnia, su esposa, le había instado para que no fuera al Senado, pues los augurios le eran contrarios; aun durante el camino recibió varios avisos por escrito denunciándole el complot infame; pero el dictador, embriagado por las aclamaciones de la multitud, entregó á sus secretarios las cartas, sin leerlas siquiera. Así llegó César al Senado.

Una vez en él, los conjurados, en ademán de agasajarle, le rodearon y aislaron de sus partidarios, y en cuanto Metelo Cimber le tiró del manto, que era la señal convenida para consumar el crimen, arrojáronse sobre él, puñal en mano. Casca el primero, y le acribillaron á cuchilladas. Trató César de resistir valerosamente á sus asesinos, hasta que viendo levantada sobre él la espada de Bruto, á quien profesaba tan singular cariño que algunos suponen si era algo más que amigo suyo, renunció á la inútil lucha, envolvió la cabeza en el manto, y lanzó el último suspiro á los pies de la estatua de Pompeyo, su amigo primero, su rival después, más tarde su víctima y finalmente su héroe.

Tal es el hecho pintado por Rohegrosse, de tal manera, que causa profunda impresión. El asunto está tratado históricamente y con cierto realismo que perjudica quizás sus condiciones estéticas. El artista no ha sabido dar á ninguno de los personajes la más mínima expresión de grandeza: ni uno de ellos revela la menor idea de patria, de libertad, de ese fuego sacro que transforma la manera de sentir y de obrar de los individuos y hace que se cometan los crímenes como se realizarían las más nobles hazañas. En el cuadro de Rohegrosse no acertamos á ver sino una masa de asesinos cebándose en su víctima. Quizás esto sea lo cierto, pero en tal caso, y sin discutir las relevantes cualidades de la composición, casi la hubiéramos preferido un poco más falsa.

EN EL PATIO DEL ARSENAL

¡Una nación ha triunfado de otra!... Repican las campanas, truena la voz de los cañones, cuélganse balcones y ventanas, pueblan el aire bélicos sopos; expóñense las banderas ganadas al enemigo, los instrumentos de muerte de vencidos y vencedores, aquéllos como trofeo, éstos como amigos tutelares; en las iglesias se entonan al Señor himnos religiosos y en las calles himnos patrióticos; todo es fiesta, alegría, entusiasmo... ¡en la superficie!

En el fondo... El fondo es fango impuro. Cuidado, mucho cuidado con removerlo, porque llenaría á todo un pueblo de miasmas moféticos.

Esta es la expresión que nos causa nuestro grabado. Un niño mete la cabeza en la boca del lobo... Ahí está ese inválido con pierna de palo que os dirá si el lobo muere ó no muere. Pero, ¡Señor! cuando no se pasa año sin que una ú otra nación erijan un monumento á la paz y al progreso en esas Exposiciones famosas de la humana industria, ¿es posible que aun se exhiban cañones á cuál más poderosos y que se confieran premios al que invente la manera de hacer más víctimas en menos tiempo?... Quizás digamos un desatino, pero á nuestro entender en los certámenes de la paz no debiera permitirse la exhibición de los instrumentos de la guerra. Se nos dirá que el cañón es un mal del cual no puede prescindirse; enhorabuena. Tampoco podemos prescindir del cadalso, y sin embargo hacemos lo posible para que las gentes honradas no se familiaricen con su vista.

COMPAÑERO DE JUEGO estatua en bronce de Federico Cadow

Pureza de contorno, estudio del detalle, actitud espontánea, cabeza expresiva, he aquí los rasgos característicos de esta hermosa obra de arte.

¿EN QUÉ PARARÁ? cuadro de Cayetano Chierici

No se dirá del autor de esta composición que haya sacrificado lo cierto á lo bello: todo lo contrario. Y sin embargo, la escena resulta simpática, porque siempre lo es un asunto que viene á representar la defensa del débil contra el fuerte. Los cuatro rapaces que se han posesionado de ese estable toman bajo su amparo á unos desvalidos polluelos, protegiéndoles contra la rapacidad de dos felinos que se habian relamido de gozo pensando en la hecatombe próxima. Lo malo es que esos precoces Lohengrins ó Quijotes de los pájaros, abusan algo de su superioridad y manchan su generoso propósito con las muecas y provocaciones dirigidas á sus impotentes rivales. No nos cabe duda de que saldrán con bien de su empeño; pero falta saber hasta qué punto los protegidos tendrán que estar agradecidos á sus protectores. Esos mismos niños que defienden á los pájaros contra los gatos, ¿serán mañana los verdugos de esas mismas avecillas?...

Este cuadro nos hace pensar en la protección que ciertas grandes potencias dispensan á ciertas potencias débiles, no por amor á éstas, sino para impedir que un tercero las explote por su exclusiva cuenta. — ¡Atrévete, guapo! — parecen decir esos chiquillos; lo cual no impedirá que mañana desplumen vivos á sus defendidos, ó por lo menos que una vez más crecidos, hagan con ellos una sabrosa fritura.

Mas como el autor del cuadro no debe penetrar en esas honduras, bien puede elogiarse la verdad con que ha reproducido una escena trivial y la habilidad con que ha sido naturalista sin hacerse chocarrero ó repulsivo.

SUPLEMENTO ARTISTICO

¡VENCIDO!

Cierros en la selva americana (dibujo de A. Richter)

El autor de este dibujo nos da exacta idea de un drama trágico de las selvas vírgenes que si no es absolutamente histórico, podría muy bien serlo.

Un ciervo, rodeado por sus hembras, es vilmente atacado por un envidioso de su harén. (Según parece, entre los ciervos las costumbres están casi tan perdidas como entre los hombres.) El combate es tan breve como funesto para el agredido: el esposo sucumbe, lo cual sucede muy á menudo y es poco lisonjero para la clase. Pero cuando el vencedor lanza al aire sus gritos de triunfo, cae herido por la bala de un cazador y la tierra se empapa de la sangre de entrambos animales.

En resumen, un drama de Echegaray entre cornúpetos.

BOCETOS MARITIMOS

LA COMIDA DE LA GENTE

Aquel dignísimo magistrado más conocido por su interés en introducir buenos manjares en los estómagos que por echar criminales á presidio; mejor por sus «meditaciones sobre gastronomía trascendental» que por sus reflexiones sobre la hermenéutica forense y antes por sus recetas culinarias que por sus fórmulas de derecho; aquel Brillat-Savarin autor, nunca tan bien como se debe ponderado, de ese código que se llama «Fisiología del gusto», el más profundo entre los libros frívolos, que tendrá siempre más admiradores que las Pandectas y que el Fuero Juzgo; aquel señor decía, entre otras cosas que no me interesa repetir ahora, «dime lo que comes y te diré lo que eres» estampándolo como un axioma al frente de su libro á la manera que el «dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí» figura en la portada de ciertas obras de matemáticas más ó menos sublimes.

Y, sin embargo, ese aforismo dista mucho de ser un axioma; tal hay que come á lo príncipe y por príncipe de la sangre se le tomaría en efecto, ateniéndose sólo á esa regla para clasificarle, y no es en puridad más que un parásito sin pizca de vergüenza; tal otro, por su comida, sería calificado de pelafustán y quizo bajo su mala capa se ocultara un rey en exil y no faltaría inglés, si se le buscaba bien, que aumentara la confusión comiendo como pan bendito nuestro nacional cocido, así como existen españoles que no comen á gusto si en la minuta se desliza algún nombre en castellano — Xeres llaman esos al néctar jerezano — y si no hay algún pudding, plum ó rice ú otro, ó cakes y los boiled potatoes, indispensables donde coman los ingleses. Pero como quiera que aplicado al marinero, que es la gente en los buques de guerra, resulta exactísimo el aforismo, pues se sabe lo que come y, con escasas variantes, se sabe también cuándo y cómo, por eso lo he citado

y por eso me he permitido el lujo de comentarlo un poco: para darle la razón en esto al egregio autor ya que tan malparados quedan sus preceptos en otros detalles de las comidas de á bordo.

En los buques de guerra quien come mejor es el marinero, tanto porque su rancho es muy superior en cantidad, calidad y condimento al bodrio que sirve de ordinario alimento al pueblo español, que comiéndolo afirma su justa fama de frugal y sobrio, cuanto porque su confección, digámoslo así, está sujeta á reglas fijas y esto libra á quien ha de comerlo de un cocinero de inventiva capaz de imaginar ciertos prodigios culinarios pero impotente, por desgracia, para crear al propio tiempo paladares y estómagos capaces de resistir sus triacas magnas de cocina.

Por eso me he reído ya y me reiré otra vez, aprovechando, de los que sostienen que en los barcos, como dicen ellos, se come muy bien. Se paga siempre bastante para comer bien, me consta, pero no se consigue más que cuando hay convidados, ó cuando se tiene mucho apetito ó cuando da la casualidad de tropezar con un buen cocinero, cuya última hipótesis no es frecuente en realizarse, puesto que el tal artista ha de ser elegido entre los marineros del buque, que puede estar muy bien tripulado sin que haya á bordo ningún Fornos ni siquiera un tío Lucas, el de las judías estofadas.

No hablo del caso posible en que se contrata un cocinero particular ó un mayordomo que se encarga de preparar el alimento: esto es extraordinario, pero aun con ellos, á los ocho días de mar, la mesa de los jefes y la de los oficiales parecen las de un bodegón fantástico ó de magia natural. La metamorfosis del huevo se lleva allí al colmo; la sicosis de la conserva pasando desde el salmón en aceite hasta la lengua ahumada; la transfiguración maravillosa del jambón de mer, vulgarmente llamado bacalao, en legumbre, en entrada y hasta en sopa y plato de repostería; el sucesivo avatar de la sardina que se presenta primero en aristocrático baño y sans arêtes para acabar su evolución bajo la forma humilde de la humildísima corista de un barril; la invasión lenta pero continua de la patata vulgar asada, frita, cocida, en pasta, en tirabuzones y así sucesivamente hasta el infinito.... Todo esto ocurre y sobre todo eso, pasable al fin y al cabo, la realidad cruel de servir en cierta ocasión, como plato fuerte de un almuerzo, higos secos rebosados con huevo y fritos!

Sólo el marinero continúa impertérrito comiendo su apetitoso y succulento rancho, con tocino siempre y con carne si se mata á bordo, bebiendo su buen vino catalán y tan gordo él y tan contento.

Los trabajos de la marinería son muy rudos y todavía en nuestra marina militar la mayor parte de ellos se ejecuta á fuerza de brazos y de pulmones; si así como hay un aparato, el podómetro, que indica los pasos que da en un tiempo determinado la persona que lo lleva encima, hubiera un dinamómetro que pudiera medir los esfuerzos musculares que al cabo del día ha desarrollado un marinero se asustaría cualquiera al ver la suma; baldear, remar en los botes, dar ó quitar velas, todos los ejercicios exigen fuerza y resistencia grandes en los encargados de efectuarlos y así es natural que éstos coman bien ya que es una verdad como un templo, aunque sea mala comparación, que «tripas llevan pies.»

A todos los caballeros y aun señoras particulares que han visto un buque á la hora de comer la gente les ha sorprendido el espectáculo y la cosa no es para menos como reconocerá cualquiera que de buena voluntad quiera leer la descripción que en bosquejo voy á intentar seguidamente tomando el asunto en un buque grande y en puerto.

La amplia y despejada batería, inundada de luz y de aire puro, aparece llena de mesitas simétricamente colgadas á una y otra bandas en toda su longitud ocupando los huecos que entre sí dejan libres los cañones; en los bancos que rodean las mesas se sientan los marineros correspondientes y un cabo, el del rancho aquel, que preside la mesa y les sirve á todos en sus respectivos puestos, platos y vasos, el pan, la demás comida y el vino tomándolos de una especie de baldes; — los llamados gavetas, que tiene al lado y él ha ido á llenar á la cocina y á la despensa. Todos descubiertos y en sus sitios marcados comen y hablan los marineros, con orden y compostura superiores á lo que buenamente pudiera esperarse, mientras que, descubiertos también, se pasean de popa á proa un oficial de guardia y algunos contramaestres y sargentos, más para cumplir el precepto de la Ordenanza, que así lo dispone, que por ser hoy necesaria su presencia, pues es muy raro que tengan que intervenir en nada. Así transcurre el tiempo de la comida hasta que suena el toque de «levantar mesas» y lo que llama la atención durante ella no es sólo el orden reinante y la compostura inalterable, que los he citado ya, sino que sorprende también ver á cada marinero con su plato, su vaso y su cubierto propios, aunque éste sea sencillísimo; es decir, que choca la desaparición completa de aquella fórmula, tan expresiva como poco limpia, de «cucharada y paso atrás» tan en uso entre las fuerzas terrestres.

Resulta una función con su poquito de solemnidad y todo, la comida de la gente.

Está muy recomendado que se respeten las horas de las comidas y que durante ellas no se distraiga á la gente en otras atenciones y así sucede hasta el punto de que jefes y oficiales demoran muchas veces su ida á tierra para que no coja fuera la hora de la comida á la gente que ha de esquivar el bote.

En el desayuno todo es animación y ruido; suele to-

marse sobre cubierta y lo constituyen un par de galletas, un trozo de tocino y café caliente: algunos rompen las galletas golpeando con ellas un palo ó cualquier esquina del buque por más que el método marinesco consista en abrazar la galleta con los dedos de la mano derecha y darle un golpe en el centro contra el codo izquierdo presentado en la actitud más ofensiva posible; esto es lo clásico, pero como la música y como la cirugía clásicas, como todo lo clásico, no se halla al alcance de cualquiera ¡á lo mejor, da cada dolor en el brazo que sufre el choque...! En la comida, en cambio, y en la cena no hay más movimiento que el de los tres ó cuatro testigos que pasean y el natural en los comensales ni más ruido que el rumor de las conversaciones.

Para anunciar la comida sí que hay alboroto y grande: el centinela pica las doce en la campana de á bordo y al mismo tiempo suenan las cornetas y los pitos de los contramaestres. Por eso decía, al escuchar tan estrepitoso anuncio, un marinero (que debía ser céptico y descontentadizo si los hay) dirigiéndose á su mesa en la batería:

— ¡¡Vaya unos frijoles cacareados!!

FEDERICO MONTALDO

EL VAIVÉN DE LA CUNA

(Conclusión)

— Me casé hace seis años, con una rica señorita (al decir esto colocó su bastón horizontalmente sobre los curvos brazos de la butaca apoyando él su pecho como en un balconcillo). ¡Rica, bastante rica... pero en fin, no fué éste el mayor encanto para mí! si bien yo estaba más pobre que las ratas; mi mujer era hermosa, es hermosa... figuraos una criolla brasileña hija de una bahiense y de un portugués! ¡realmente la criolla de Río Janeiro son las mujeres más bellas del mundo; pero esto no es del caso (añadió tornando á su expresión melancólica). Debió asombrarme que una tan linda y rica muchacha me fuese otorgada... Pero cuando uno se casa no es capaz de sentir asombro por nada.

El bastón sirvióle entonces para hacer molinetes, golpear el pavimento y dar á los ademanes mayor energía, y con tal nervioso jugueteo fué explicando todos los pormenores de su casamiento: repentinamente se puso en pie y dirigiéndose á la anaquelera de muestras de mi despacho alcanzó una botella de Madeira y dos copas de cata, como tenía por costumbre hacerlo otras veces; llenó las dos copas, bebió una y tornó á sentarse en la butaca; de igual modo brusco dejó la narración comenzada y empezó á desarrollar una singularísima teoría sobre la curación de la locura; yo estaba acostumbrado á aquella incoherencia habitual en el caballero.

Tenía como medio seguro para curar todo delirio ese recurso que emplean en los teatros y en las novelas; un medio escénico ó novelesco por el cual se reproducen los episodios ó la situación que se dieron cuando el enfermo hubo de perder el juicio; así una mujer loca por haber perdido á su esposo, al cual todo el mundo creyó muerto, si éste aparece y se presenta, la enferma vuelve á la razón y así queda dispuesto el mejor de los epílogos.

Obran á nuestro pesar, según el caballero, energías misteriosas en el alma por las cuales ésta queda esclavizada á una emoción, estática y detenida en un momento dado y por más que el tiempo no detenga su curso, ella como la princesa durmiente del bosque aguarda encantada una redención.

— Mi mujer, — dijo el caballero, — está loca, estaba loca cuando hube de casarme con ella; tardé en advertirlo porque su delirio se producía de tarde en tarde... Imaginaos cuánto sufriría cuando por explicarme la glacial indiferencia y el rechazo feroz con que acogía mis amantes solicitudes hube de vigilarla y la hallé en su cuarto, donde no me era dado penetrar, vestida de blanco con el cabe-



EL BURGOMAESTRE PANERAS Y SU ESPOSA EN TRAJE DE ANTONIO Y CLEOPATRA, cuadro de Rembrandt

llojuntado y meciendo continuamente al compás de canción monótona y dulce una cuna vacía!

Aquella manía de mi mujer se hizo para mí por demás extraña, me producía un enternecimiento y un temor inexplicables, realmente llegó á parecerme que en aquella cuna dormía un niño, un precioso niño... el hijo deseado. Tuvo algunos períodos de lucidez durante los cuales llegó á mostrarse conmigo resignada y dócil: tal vez si en este tiempo el cielo nos hubiera dado un hijo... ¡Ah, mi mujer le deseaba, esta era su locura, la más sublime, la más misteriosa, la difusa pero latente aspiración que toda mujer lleva al tálamo nupcial... Un hijo... le ven en el fondo azul del espacio, en las brillantes nubes de rosa y oro sonreír agitando sus cabellos, alegres los ojos, tendiendo hacia ellas sus bracitos; esas lágrimas que sin saber por qué asoman á humedecer los párpados cuando ellas oyen una nota cromática vibrar en las cuerdas de un instrumento, esa tierna sonrisa que se dibuja en sus labios al contemplar el polluelo que implume aun va á calentarse bajo las alas de su madre, la compasión que sienten por todo, los entusiasmos que las animan, la alegría ó la tristeza cuanto parece y cuanto brilla en su corazón... nace al encanto de ese hijo no llegado que ya las ama y las sonrre.

El caballero tuvo que engolfarse después en serias investigaciones de las cuales salió al cabo, bebiéndose una copa más. Estaba menos pálido y hablaba con mayor entusiasmo.

— Sospeché, llegué á sospechar, tuve celos y al fin eran fundados: tras los celos y su confirmación, no sin cierto rubor confesará que me sentí generoso y dispuesto á olvidarlo todo.

— ¿Olvidar qué? — me atreví á preguntarle.

Mi mujer había tenido un hijo antes de cansarse; la ley en Portugal manda que sean denunciadas las mujeres solteras de las cuales se sospeche que puedan haber faltado á la virtud... el padre de mi mujer condujo á ésta á España y allí le fué arrebatado bárbaramente su hijo... He aquí el origen de su locura... Guardad por Dios este horrible secreto... y explicaos ahora por qué causa busco un niño de la edad á que correspondería hoy si viviera el hijo de mi mujer... siempre creí que esto podría devolverle la razón... No opinan así los médicos, pero yo creo que los males del alma sólo pueden curarse con medios que correspondan á la naturaleza espiritual del alma... Ello es que hube de regocijarme al hallar á esa muchachuela, ¿qué perdía con prohibir á esa desdichada? Pues bien, todo es inútil; la historia que hube de preparar y conté á mi mujer aprovechando uno de sus momentos de lucidez, la escena que dispuse para presentarle como hijo suyo á la mendiga no me ha ofrecido otro resultado que el exacerbar más á la enferma... la noche pasada ha sido terrible... me ha perseguido frenética mi mujer, ha intentado arrojarse sobre la niña... hasta que por último rendida de la brega ha quedado á merced de un sueño letárgico... ¡Oh hui, hui... para deciroslo todo... al fin tendré que someterme á los médicos y condenarla á una casa de salud separándome para siempre de su lado.

III

Aseguro que entré en el gabinete lleno de impaciente y vulgar curiosidad, alcé el tapiz esperando ver á la pobre

loca poseído del mismo terror supersticioso y excitado por el mismo deseo de contemplar lo extraordinario que suele emocionar el ánimo de las gentes del pueblo al visitar un manicomio. Iba á cumplir un encargo del caballero.

La media hoja del balcón correspondiente al lado derecho estaba cerrada, la otra abierta; se veían en la estancia tres grandes baúles-mundos que contenían sin duda todo el equipaje de una mujer elegante; grandes cortinas de cretona oscura se abrían á uno y otro lado de las ventanas que daban á la fachada principal de la casa; el balcón caía á una callejuela estrecha como las de Toledo; sin saber por qué hube de acordarme entonces de mi hijo al cual hacía tres años había hecho embarcarse con destino á la oficina de un corresponsal mío de Inglaterra; quise libertarle de sus propios extravíos.

El caballero me había suplicado que intentase hablar á la

enferma; fiaba en que la intervención de un desconocido pudiera impresionarla; yo temblaba; siempre había ejercido un saludable influjo en toda clase de personas; pero entonces no tenía gran confianza en mí; debería hacerme pasar por el protector de la mendiga asegurando á Amelia que ésta, la muchacha, era realmente hija suya.

Amelia estaba de espaldas á la puerta, ví su figura delgada y erguida, sus negros cabellos extravagantemente peinados, sus brazos flacos, su blanco vestido fantástico; no llegó á notar mi presencia en un principio, pasaron algunos segundos durante los cuales sentí mi ánimo vacilante, me dominaba el miedo, esperaba ver repentinamente alzarse á aquella mujer y arrojarle á mí fiera y descompuesta lanzando sus horribles gritos de loca y clavando sus uñas en mi robusto cuello.

En aquella habitación no había podido penetrar nadie, la desdichada enferma se imaginaba que iban á arrebatarle el niño imaginario que creía ella dormido en la cuna. Descubrí á la mendiga medio oculta tras un espeso tapiz; su timidez y su confianza suscitó en mi memoria el recuerdo de aquel perrillo que vivió muchos años en la jaula de la leona del jardín de plantas.

Amelia seguía moviendo, sin cansarse, la cuna y cantando un fado de los marineros de Setubal, un arrullo de las pescadoras que mecen la cuna de su hijo en tanto que la mar y los vientos trastean la barca donde el padre tiene ante sí la amenaza de la muerte. Cronométrico vaivén ante dos destinos desconocidos.

No sé por qué, lo repito, me conmovía aquella delirante mujer; me explicaba ya la razón por la cual había rechazado la supuesta hija que su marido había fingido hallar; ella quería su niña ó su niño perdido, la propia criaturita que le habían arrebatado de sus brazos; me engañé, no lo deseaba, creía poseerlo, vivía en esta dulce ilusión, contemplaba un pequeñuelo en aquella cuna, un hijo para todos menos para ella invisible... y eternamente á ser posible, había de estar meciendo su dulce sueño.

A los golpes acompasados de aquella cuna se perdían todos los demás ruidos de la vida. Sé muy bien que no vivimos en tiempos de atraso... este delirio reflejaba la más sublime aspiración de la mujer.

¡Dios mío! ella se volvió, suspendió su canto y fijó en mí la penetrante mirada de sus grandes y rasgados ojos; sentí un inmenso calor, me parecería verme sorprendido por un peligro, semejante á esos que nos producen los terribles espasmos de los sueños tétricos... dejéme sin ánimo ni para hablar ni para dar un paso; hubiera huído lanzando alaridos de espanto; aquellos ojos tranquilos y lucientes, eran para mí terribles... y dulces.

No sabemos qué sabio ha dicho que siendo el cerebro humano la condensación de todo el árbol zoológico se inician en él brusca é inesperadamente los feroces instintos de las bestias: aquellos ojos eran los de la recelosa y ciega maternidad de una fiera en su cubil guardando á sus cachorros...

Tenía el invencible poderío de la naturaleza, la energía maternal.

No me moví; quedéme extático, y tal vez la pobre enferma me confundiese con lo inanimado, con los objetos y los muebles del cuarto... Volvió su cabeza, tornó á su canto acompañando el incesante vaivén de la cuna.

Aquellos golpes acompasados me aturdían, diríase que



CUIDANDO Á SU HERMANITO, cuadro de G. King





¡VENCIDO! CIERVOS EN LA SELVA AMERICANA, DIBUJO DE ALBERTO RICHTER





MUERTE DE JULIO CÉSAR, cuadro de P. Rochegrosse





EN EL PATIO DEL ARSENAL

despertaban en mí una especie de remordimiento... sí, hacía diez y ocho años, y lo había olvidado, pero entonces se reprodujo en mi memoria, yo conduje en la diligencia de España y oculté en una inclusa borrando toda huella un recién nacido... aquella mujer podría tener entonces unos treinta y cinco años...

La cuna seguía golpeando acompasadamente en el suelo; un sudor copioso y frío inundaba mi cuerpo; entonces advertí una cosa terrible: frente por frente al balcón, en la casa vecina, brillaban algunas velas encendidas alrededor de un pequeño ataúd en el cual había un niño coronado de flores, vestido de blanco, muerto, rígido, amarillento... la enferma tenía ante sí aquel cuadro, pero no lo veía... Su niño estaba en la cuna; veríale ella con sonrosado color en la cara y percibiría sus dulces sonrisas...

Era ella, la hija de Marqués, mi principal... sus ojos, su risa, mero lujo de su triste faz... Aquella terrible cuna no cesaba en su golpeteo, el vaivén era incesante, eran golpes horribles en mi corazón; sentía que me ahogaba... la madre reía, fijaba en mí sus terribles ojos, y no hallaban descanso mis oídos: aquel tic-tac insoportable dió conmigo en tierra; toda la sangre congestionó mi masa encefálica...

Una aguda lanceta abrió mis venas y pude vivir. A los seis meses partía para Méjico: pero aun cuando á las altas horas de la noche me agita algún insomnio creo oír el compás de la cuna en vaivén terrible, no acabando jamás de medir todo lo enorme de mi criminal y servil complicidad.

JOSÉ ZAHONERO

EL BOBO DE LA FERIA

I

— Anda, anda, deja ya la rueca por esta noche, y amáname algo para la fiambra que mañana muy temprano marchó para Mansilla.

— Pero, hombre, ¿á qué vas?
— Ya te lo he dicho, mujer, á la feria, á ver si vendo la burra, ó la cambio.

— ¿Quién te ha de dar nada por ella? ¿No ves que es más vieja que la sarna en Asturias?... y luego con aquella oreja colgando, y tuerta de un ojo, y del otro tampoco ve apenas.

— Pues así y todo la he de vender, si Dios quiere, ó la he de cambiar por otra mejor. ¿No has oído decir que en cada feria hay un bobo? Pues malo será que yo no dé con él y le enjergue la burra nuestra y me traiga la suya ó sus cuartos.

— ¡Sí! por fuerza vas á ir tú á dar con el bobo, en caso de que le haya, que no siempre le habrá por más que lo digan.

— No; de que le hay no te quede duda: los refranes no mienten. El caso es buscarle ó acertar á dar con él, pero para eso tengo todo el día por mío.

— Sí, todo el día... Todo el día podías estar sembrando, ahora que está buen tiempo... sabes que marchándote tú, el criado tampoco hace labor de preste...

— Deja, mujer, que más días hay en el año.
— Y todos son necesarios para mantener á estos hijos queridos, sin guardar más fiestas que las que Dios y la Santa Madre Iglesia nos han puesto.

— Bueno, bueno: déjame de retóricas y prepara la fiambra, no seas boba. Mira que, si no, me iré á comer un guisadillo picante á uno de aquellos tabernáculos que ponen en la plaza estos días, y te sale más cara la cuenta. No se puede menos de vender ó cambiar ese pobre animal que ya no sirve...

— Para nosotros sirve bastante... Para llevar el pan á la siembra y volver después á llevaros la comida...

— Tú misma acabas de decir que es vieja y que no ve. El mejor día tropieza y...

— Tú sí que vas á tropezar con otra peor; pero, en fin, que te haremos... siempre te has de salir con la tuya.

— Siempre no; pero lo que es ahora, si he de decirte la

verdad, no estoy dispuesto á perder la feria por nada del mundo.

— Pues Dios quiera que bien te pinte...

Así hablaban Juan y Vicenta, marido y mujer, en Javares, el 10 de noviembre por la noche, víspera de San Martín, que es el primer día de los tres que dura la feria de Mansilla de las Mulas.

Vicenta, convencida de lo inútil de sus retóricas como decía su marido, dejó la rueca y se puso á hacer una tortilla con magras para la fiambra, mientras Juan, al agradable ruido de la sartén, se durmió en el escaño. Cuando Vicenta concluyó con todo esmero la operación, despertó cariñosamente á su marido, diciéndole:

— Ya lo tiene saquí todo preparado: mira, en esta alforja va la tortilla, y el pan, y en esta otra un poco de vino en la cestella. ¿Para qué has de dar cuartos á las figoneras teniéndolo en casa?

— Claro; si es lo que yo te decía, mujer...

Y los dos se fueron á acostar muy unánimes y conformes.

Al día siguiente al rayar el sol iba Juan Pastrana, meneando las piernas en la burra, camino de Mansilla.

Junto á la ermita que hay á la salida del lugar se encontró con un convecino del otro barrio, Melchor García, con quien había quedado apalabrado el día antes y los dos siguieron en amor y compañía.

Pasaron por Riego del Monte, el pueblo de las dos mentiras, porque ni tiene monte ni riego, y allí se les unieron otros dos amigos que también iban á la feria. Todos se prometían hacer en ella tratos ventajosos.

— ¿Vas á vender la burra, ó á cambiarla? — le dijo uno de los de Riego á Juan.

— ¿Yo? á lo que primero me salga: lo mismo me da á cuestras que al hombro.

— ¿Sabéis lo que os digo? — añadió Melchor dirigiéndose á todos sus compañeros, — que no os metáis á tratar con los gitanos.

— ¿Por qué? — le replicó su convecino.

— Porque yo siempre he visto que todo el que se enreda con ellos sale maldiciendo su fortuna: ó le espulgan ó le engañan, ó...

— Porque todos los que se han enredado con ellos habrán sido unos simples, lo demás, los gitanos son hombres como nosotros, y en cuanto á eso de engañar en los cambios... donde las dan las toman. Figúrate tú que no vean la nube que la está saliendo á la mi burra en el ojo izquierdo y la tomen por tuerta siendo casi ciega, verás si les engaño yo á ellos también.

— No te arrimes á ellos, Juan, que has de salir cardado.

— Eso, sí ó no, como Cristo nos enseña.

En estas y otras, se hallaban ya al pie de los cubos de la muralla y dos minutos después dentro de la villa de Mansilla de las Mulas, que este apellido lleva por las muchas y buenas que allí se ponen.

Aunque también se ponen carrias de todo género, como la burra de Juan y otras peores.

Lo primero que hicieron Juan y sus amigos fué almorzar, porque aunque habían echado la parva al salir de casa, en dos leguas de camino siempre se hacen ganas de tomar un bocado. A más de que, aun cuando no tuvieran muchas, en algo habían de emplear el tiempo.

Cuando concluyeron de almorzar ya los gitanos habían puesto á una orilla de la carretera de Adanero á Oviedo en correcta formación su mercancía.

Es maravillosa la educación que los gitanos logran dar á los burros. Les ponen en apretada fila contra una pared; y allí están sin moverse. Cuando quieren sacar uno para poder exhibirle mejor, le tiran de la cola, y el animal se deja arrastrar hacia fuera.

Le montan, le pasean y le alaban para embaucar al infeliz que va á tratar en él, y si al fin no se llega á hacer trato, le dan cuatro palos y se vuelve á la fila.

Muy entretenido es presenciar en una feria los tratos de los gitanos, de esa familia rapaz de halcones, como los ha llamado Zorrilla; pero es al mismo tiempo desagradable y triste ver cómo engañan y despluman á los incautos labradores, á ciencia y paciencia de las autoridades.

Viven los gitanos del robo y del pillaje. Zorrilla lo ha dicho igualmente, en la preciosa descripción que hizo de ellos el comenzar sus *Cuentos de un loco*, de donde recuerdo entre otras esta octavilla:

Por doquiera que el olvido
Buena ocasión les ofrece,
Lo olvidado desaparece,
Lo perdido halla señor;
Y al punto, tal metamorfosis
Sufre el objeto adquirido,
Que ya no es reconocido
Por su antiguo poseedor.

Cuando el olvido no les ofrece buenas ocasiones, á parte de los hurtos, y los robos, su ocupación favorita es hacer en las ferias, más que ventas, cambios, exigiendo siempre dinero encima.

«Más vale mal cambio que buena venta» dicen ellos, porque de este modo les queda el dinero que les dan encima poco ó mucho, y les queda la res buena ó mala para seguir tratando. Que á ellos poco les importa que sea mala ó buena; el caso es que sirva para hacer otro cambio aunque sea por otra peor, sacando arriba otros cuantos duros.

— Er año *pazao*, — decía una vez una gitana á otra, yendo precisamente para la feria de San Martín, — *noz* pintó á *nuzotro* esta feria *mu* bien: *zacamo* cerca de *sien* duros y *noz* *quearon* las *mizmas* *bestias*.

Este es el ideal del gitano, hacer dinero sin disminuir la piara...

El pobre Juan que no había leído á Zorrilla; ni había querido hacer caso de los sanos consejos que le daba Melchor por el camino, apenas acabó de almorzar se fué hacia los gitanos, como va el pajarillo hacia la culebra.

— ¡Quiérete cambiá la bucha, amiguito! — le dijo el primero que le vió.

— No hay inconveniente, — contestó Juan, echándose las de hombre capeado; — dándome otra mejor y dinero encima...

— Esa palabrita es mía compare. ¿Qué dinero le van á usté á dá, ni ensima ni embajo por ese animalito ansiano, tuerto de un ojo y con una nube en el otro?... Lo de darle á usté otra mejor ezo zí corre de mi cuenta... tengo yo aquí pa usté una bucha de estampa y de rezplandó que va usté á vé. — ¡Gallarda! ¡fuera! — gritó el gitano tirando del rabo á una burra enorme que obedeció y salió de la fila.

Un muchacho como de doce años montó en seguida en ella y salió por la carretera á troté largo, mientras el gitano principal decía á Juan, que ya no apartaba los ojos de la burra:

— ¿Ve usté amiguito? ¡zi ezo es groria!... jeso es un animá, y no eza probesita mizeria que trae usté ahí!...

Veinte minutos después iba ya Juan á reunirse con sus compañeros montado en la burra grande del gitano por la que había dado la suya y tres duros.

Satisfecho en gran manera de su cambio, y deseoso como iba de contar su triunfo, al llegar á los caños de Gracia le salió al encuentro un gitanín de cinco ó seis años, medio desnudo, sin más ropa que una camisa sucia y unos trapos negros de pana que habían tenido forma de pantalones: el chiquillo comenzó á decirle medio cantando:

— ¡Ajá! jeso quería yo! jesa bucha no vale ná! ¡está la probesita amuermá y se va á mori!... tooz estos días la daba mi padé agua con harina, y hasia así, así (el niño hacía aquí movimientos maxilares remedando una deglución dificultosa) porque no pué padé...

— ¿Oyes esto? — le dijo Juan á Melchor que acababa de reunirsele.

— No hagas caso: lo dice para que vuelvas á cambiar otra vez.

— ¡Quiá hombre! ¿Este niño había de tener malicia? No; yo no llevo esta burra: vuelvo á ver si la cambio.

— Habrá que dejarte, — le dijo Melchor con tristeza.

Volvió Juan á enredarse con los gitanos, y tras de otro rato de charla, dejando la burra que le acababan de dar y otros dos duros, salió dueño de un borriquillo de menos talla, pero al parecer mucho más listo.

— ¡Ajá! ezo quería yo! — volvió á canturrearle el rapacín gitano en el mismo sitio ¡qué maja era la bucha!... ¡ese buche no vale ná!...

Pero esta vez ya Juan no escuchó la voz de aquella sirena andrajosa. Ató el burro con los de sus compañeros, comió con ellos cuando fué hora, y con ellos á media tarde echó á andar para casa.

Al sentido de las otras caballerías y por el antiguo Camino ancho de Mansilla á Valencia, que era llano como la palma de la mano, el burro de Juan llegó á Javares á buen paso sin dar un tropezón siquiera.

Con lo cual excusado es decir que Juan llegó á casa más hueco que un azucarillo.

— ¡Vicenta! Vicenta! — gritaba apeándose á la puerta del corral, — abre y verás si he ganado con ir á la feria. ¡Mira — continuó cuando su mujer abrió la puerta, — mira qué burro más hermoso traigo!

— No parece malo, — dijo Vicenta, — pero también te habrá costado buen dinero.

— No tanto como vale, ni con mucho. Sólo por cien reales, porque la nuestra burra nada valía. Ya ves... — al decir esto Juan muy lleno de satisfacción arreó al pollinejo que marchó de frente. Y como no estaba del todo frente á la puerta, llegó á dar con la cabeza en la tapia.

— ¡Jesús! ¡Si estaré ciego! — dijo alarmada Vicenta.

— Calla, mujer, no seas tonta, — replicó su marido, — ¿qué ha de estar ciego, si ha venido como una exhalación todo el camino?

— ¿Pues cómo no ha visto la puerta?

— Es que habrá querido ir á rascarse. Ya verás como ve de sobra.

Y diciendo esto, Juan, que había cogido el burro de cabestro hasta meterle dentro del corral, le soltó y le echó por delante, con tan mala fortuna, que el animal, en lugar de encaminarse á la cuadra que estaba padiente fué á dar contra uno de los postes que sostenían el corredor un fuerte testarazo.

— ¿Todavía dirás que no es ciego? — exclamó Vicenta, — ¡Dios mío! ¿Por qué habrás traído esto para casa?

— Es que se ha distraído, — decía Juan, mientras su mujer sacaba un puñado de cebada en un cribo, y con cuidado de no agitarlo para que no rugiera, se lo ponía al burro delante de los ojos.

El burro no hizo por comer.

— ¿También ahora se distrae? — dijo Vicenta.

— Puede que no tenga hambre, — replicó Juan tímidamente, — como quien se va convenciendo del chasco, pero sin querer dar su brazo á torcer todavía.



COMPañERO DE JUEGO, estatua en bronce de Federico Cadow

Entonces Vicenta meneó el cribo haciendo sonar la cebada, y el burro estiró el cuello instantáneamente y se puso á comer con tal ansia que parecía que iba á tragarse cribo y todo.

— ¿Qué dices ahora? — exclamó la mujer de Juan, no con el aire de triunfo del que acierta, sino con el tono doliente de quien quisiera más haberse equivocado — ¿qué dices ahora?

— No sé mujer, no sé qué diga... parece cosa del enemigo... pero si efectivamente es ciego, no tengo más remedio que volver á la feria mañana.

ANTONIO DE VALBUENA

(Continuará)

FÁTIMA LA ASTRONOMA

ó el muezín de la Almudena

POR DON FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

En la olvidada edad, en que Madrid estaba en poder de los musulimes, contenía la actual Corte de España en breve aunque fortificado recinto, no escasa población de cristianos, de judíos y de sectarios de Mahoma, según cuadraba á su condición de cabeza ó capital, que lo era sin duda, respecto de crecido número de caseríos y aldeas, que poblaban la entonces frondosa vega del Manzanares. Cerca de arroyos afluentes á este modesto río, alzábanse Húmera, Carabanchel, Leganés y Villaverde, y en su propia margen izquierda avanzando hacia la desembocadura en el Jarama que terminaba la vega por Vacía-Madrid, la villa de Perales que se llamó también de su nombre. Había aumentado grandemente la importancia del baluarte de la vega del Manzanares, desde la invasión de los sarracenos, estimado el antiguo Castillo de Miacó, cual posición estratégica en la defensa de Toledo y lugar fortificado sobre manera, propio para reprimir los ataques de los cristianos, que solían amenazar el poderío de los califas cordobeses, adelantándose desde Salamanca y Burgos hasta Ávila y Segovia, de donde pasaban á interceptar las comunicaciones entre los alarbes de Aragón y Andalucía, no sin correrse á las veces hasta saltar la frontera baja del país mahometano por Guadalajara y Alcalá. Hermoseaban ya el interior de Madrid jardines, alamedas, construcciones de admirable fábrica, termas y alcázares y no insignificante número de iglesias, sinagogas y mezquitas, descollando sobre los edificios religiosos y aventajando á todos los madrileños en magnificencia la mezquita mayor, llamada Aljama, que entre los moros vale tanto como *catedral* (1). Asentada en la parte más elevada del recinto murado y en el mismo cuartel ó barrio del alcázar preferido por los magnates sarracenos, era conocido aquel templo con el nombre de Aljama de la Almudena, esto es, de la ciudadela ó *alcasaba*. No tenía igual la aljama de Madrid en *almedinas* y lugares en muchas leguas á la redonda, prefiriéndola no pocos agarenos á las de Toledo y Calatrava y haciendo notorio mérito de su antigüedad por ser tradición muy recibida que fué el arquitecto autor de su traza, y quien mandó echar sus cimientos, aquel insigne caudi-

llo, alarife y gran alfaquí Az-zamh Az-zanéni, que labró las de Zaragoza y Calatayud. Ocupaba sitio el templo mahometano de la Almudena, á poca distancia del actual emplazamiento de la iglesia nombrada de la Encarnación: formaban sus dependencias una serie de edificios y cercas de extensión considerable donde al lado del hospital abundantemente provisto y bajo el régimen de médicos insignes y del hospicio, albergue decoroso para peregrinos y extranjeros, lucía la madrisa ó escuela general de estudios con su biblioteca, jardín botánico y observatorio astronómico. Constituía, no obstante, su parte más granada la verdadera mezquita, templo precedido de vasto patio rectangular con arcadas al rededor y albercas para las abluciones, siendo su interior de fábrica maravillosa, donde el techo, sostenido por esbeltas columnas de mármol, mostraba artesonado de madera de cedro con vistoso alicatado, y las paredes labores de gallarda lacería con ajaracas y atauriques, que ponían de resalto las cenefas de gracioso almorzarabe.

Pero lo que atribuía mayor celebridad á la aljama era sin disputa la belleza y buena disposición de su alto minarete, en que alzándose la azotea sobre una ancha torre cuadrada de cinco pisos muy elevados, levantábase del centro otra torre más pequeña de tres cuerpos coronada por una cúpula cuadrángula.

Al declinar el siglo x de la Era Cristiana (iv de la hégira) la aljama de Madrid era reputadísima merced á los sabios que dispensaban la enseñanza en sus escuelas, entre los cuales lograban renombre insignes gramáticos, astrónomos, teólogos y juriconsultos. Subió de punto su fama y crédito científico al explicar en ella Moslema Ben Ahmed el-Mageriti (el Madrileño), quien después de haber cultivado la Química en su patria (2), cursó Música, Filosofía y Astronomía en el Irac-Arabi bajo la dirección de Aben-Rifaat, Presidente de la Academia ó Asociación de Filósofos intitulada de los Hermanos de la Pureza, cuya celebrada Enciclopedia fué el primero en traer á la Península (3) donde abrió cátedras de Música, de Astronomía, de Observación y de Matemáticas.

Aspiraba Moslema, como su maestro Aben-Rifaat, á ejercer una verdadera renovación en las mismas imprimiendo á sus enseñanzas cierto carácter que, con ser presentado como antiguo y de nueva restauración, era en el fondo originalísimo. Y puesto que fueran atacados violentamente desde el principio su método y doctrina, logró, con todo, formar insignes discípulos y que se recibieran bien, hasta por los alfaquíes devotos, sus innovaciones en la música vocal las cuales tiraban especialmente á desterrar del canto sagrado ciertas aplicaciones profanas.

Entre los numerosos alumnos, que recibieron la enseñanza de Moslema, granjeó señaladamente el cariño del profesor un joven moreno, de ojos negros, mediana estatura y aspecto melancólico, el cual había frecuentado con asiduidad sus lecciones. Llamábase Zeid Al-Lajmí y era natural de la aldea de Santa Olalla en la cora de Toledo. Huérfano desde temprana edad, había hallado acogida en el colegio perteneciente á la fundación piadosa de la aljama madrileña, donde se consagró con febril ansiedad al conocimiento de las ciencias, siendo una maravilla de ingenio y disposición para todo orden de estudios y singularmente para el cultivo de la poesía, de la gramática y de la música vocal, é instrumental. Contaba sólo veinte años, cuando la muerte de Suleimán Ben-Mahfot, almuedano, muezín ó sacristán mayor de la mezquita aljama de la Almudena le brindó con una posición remunerada suficientemente, para que pudiese vivir con holgura, obteniéndola en propiedad por el voto unánime de alfaquíes y patronos, atenta la excelencia de su voz y canto, aunque no sin la recomendación y buenos oficios de Moslema.

Madrugaba Zeid el día 2 de Rabi segundo del año 384 de los mahometanos (15 de mayo de 994) ganoso de dar principio á las funciones de su cargo. Mucho tiempo antes de que comenzase á rayar la alborada, corría el nuevo muezín las cortinas del agimez de su aposento, situado en las casas anejas á la mezquita, y, después de vestirse cuidadosamente á la luz de una bujía atravesaba el trozo de calle, que le separaba de la puerta de la torre. Llegado á ella subió con ligero paso las veinte empinadas rampas que le separaban de la primera azotea, en cuyo recinto se instaló para aguardar el momento de llamar á los creyentes á la azala ú oración del alba, denominada de *Alas-beh* (4). Sentado en una esterilla colocada en un rincón de la azotea y con la mirada puesta en el Oriente dejaba vagar

(2) Guárdase en la Biblioteca Escorialense (Cód. 947) juntamente con una obra del mencionado Almageriti sobre Astrología y Medicina Hermética un tratado de Alquimia escrito por él en 348 de la hégira (959 de J. C.) antes de su viaje á Oriente.

(3) Consérvanse ejemplares de algunas partes de este libro en la Biblioteca del Escorial (Cód. 928) y en la imperial de Viena.

(4) Esta *azala* que es la primera de las cinco canónicas ú obligatorias para todos los días ha de rezarse. Según rito, al vagar la aurora ó cuando el sol se halla diez y ocho grados bajo el horizonte por la parte de Oriente. Los devotos y la generalidad de los musulimes que no tienen impedimento para ella rezan antes de ella y de su convocatoria la llamada de *Alfejer*.

(1) Al-Edrisi menciona en su Geografía la mezquita catedral que tuvo Madrid, en tiempo de los musulimes. Véase á Dozy y Goeje *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, p. 229.



¿EN QUÉ PARARÁ? cuadro de Cayetano Chierici

libremente sus pensamientos cuando vino á sacarle de su meditación el acento de una voz dulcísima, como no había herido jamás sus oídos, modulando á poca distancia de la torre suave canto que acompañaba el sonido de bien templado laúd.

Dirigió Zeid sus miradas desde la plataforma del minarete, buscando en vano en las azoteas de las casas que rodeaban la mezquita la persona que cantaba y pulsaba el laúd con tanta maestría, hasta que cesó el canto de repente sintiéndose un rumor cercano como de personas, que recitaban las invocaciones del *Fejer*.

Rezóla á su vez el almuedano, mas al concluir las posturas de la segunda *arrikaa* (adoración) puesto ya en pie, según demanda el rito, sintió que un rayo crepuscular hería sus ojos, contemplando á la confusa luz en el terrado de una casa vecina, entre otros utensilios difíciles de distinguir, un laúd colocado sobre una almudara ó mesa pequeña. Gozoso del descubrimiento inclinóse sobre la *acitara* de la plataforma y entonó con voz excelente y modulada á maravilla, la convocatoria de *Masbeh*, sin multiplicar por falta de estudio el efecto desagradable de los ecos, sin decaer la gallarda entonación desde *Al-lah Ac-bar* (1) hasta la *li-la-i-la* (2).

Luego que terminó Zeid la plegaria de su llamamiento, comenzó á examinar prolijamente la casa y azotea donde había visto el laúd. Era aquella un edificio de paredes altísimas, situado á un tiro de flecha de la mezquita, coligiéndose su buena disposición y capacidad por la azotea y terrado que la cubría. En él había puesto su observatorio un astrónomo según se dejaba entender por una meridiana trazada con mucho arte, un horizonte artificial, tubos para contemplar los astros durante el día, cuartos de círculo y astrolabios.

En la azotea no se advertía, sin embargo, que hubiese gente, habiendo desaparecido quien tocaba el laúd que, á juicio del muezín, según el timbre y delicadeza de la voz, debía ser una mujer joven. Sin que Zaid acertase á explicarse la causa, la curiosidad despertada en él por la desconocida cantora, no le dejó sossegar aquel día. Siguió llamando sucesivamente á los creyentes á las horas señaladas, para que rezasen las otras cuatro plegarias prescritas, hasta cerrar la noche con la última vislumbre del crepúsculo

(1) Vale tanto esta expresión como *Dios grandísimo ó poderosísimo*, palabras con que encabeza el muezín su llamamiento á la oración.

(2) Término de las frases de la convocatoria. Encierra las palabras de la profesión de fe musulmana. — No hay Dios sino Dios — que se abrevian en la pronunciación vulgar bajo esta forma ó la de *Li-l-lah ili-l-lah*.

vesperino; hallando siempre desierto el terrado objeto de sus investigaciones. A la mañana siguiente se apresuró á acudir muy temprano á la torre, donde se le ofreció en la azotea de la cantora un espectáculo sobremanera interesante.

(Continuará)

RECREOS CIENTIFICOS

El editor Masson acaba de publicar la quinta edición de un libro que ha merecido del público una acogida excepcional, y que, premiado por la Academia francesa, se ha traducido á los principales idiomas de Europa, habiéndose vendido más de 20,000 ejemplares de la edición francesa. Estimulado por semejante éxito de parte de los



Fig. 1. — Fuerza centrífuga. El bastón-honda

amigos de la ciencia, el autor ha perfeccionado sin cesar su obra; la nueva edición ha quedado del todo refundida, y la *Física sin aparatos* constituye un conjunto bastante

completo. De los muchos grabados nuevos que se han añadido damos aquí dos con el texto que los explica.

La figura 1 demuestra el modo de hacer una honda con un bastón y una patata: con la punta del primero se pincha la segunda, de modo que ésta se adhiera, fijándose con suficiente solidez, y hecho esto se hace girar el bastón á la manera de una honda, deteniéndole brusca-mente en el momento de una rotación rápida, cuando su extremidad se dirige hacia arriba. De este modo se consigue arrojar la patata á considerable altura.

La figura 2 representa el clásico saca-piedras de los escolares: sabido es que este objeto se compone de una rodaja de cuero humedecido, en cuyo centro se sujeta una cuerdecita. Esta rodaja, aplicada sobre una piedra del suelo, se oprime bajo el pie, y cuando se tira de la cuer-



Fig. 2. — Presión atmosférica. El saca-piedras

da forma como una ventosa, tan fuerte, que cuesta trabajo separarla del cuerpo á que se adhiere, el cual puede levantar si no está bastante encajado en el suelo.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria
IMP. DE MONTANER Y